

Dr. Robert A. Peterson, Salvación, Sesión 17, Santificación, Parte 3, Formulaciones sistemáticas , Preservación y perseverancia

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre la Salvación. Esta es la sesión 17, Santificación, Parte 3, Formulaciones sistemáticas, preservación y perseverancia.

Continuamos nuestro estudio de la Doctrina de la Salvación, o Soteriología, con la Santificación.

Después de examinar cinco puntos de vista sobre la vida cristiana y evaluarlos, al menos de manera superficial, pasamos a las formulaciones sistemáticas de la santificación. En primer lugar, la santificación y la Trinidad. Las tres Personas trinitarias desempeñan papeles en la santificación.

Dios Padre trata a los verdaderos creyentes como sus hijos al disciplinarlos. ¿Por qué? Hebreos 12:9 y 10. El Padre de los espíritus nos disciplina para nuestro beneficio, de modo que podamos compartir su santidad.

Hebreos 12:9, y 10. El Padre nos disciplina para que participemos de su santidad. El Hijo de Dios, cito, amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola en el lavamiento del agua por la palabra, Efesios 5:25 y 26.

Además, Cristo cumplirá su objetivo de santificar a su iglesia, citando el versículo 27 de Efesios 5. Lo hizo para presentársela a sí mismo en su gloria, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa y sin mancha, Efesios 5, 27. El Padre santifica a la iglesia, el pueblo de Dios. El Hijo hace lo mismo.

El Espíritu Santo también participa. Pablo explica por qué él, Silas y Timoteo dieron gracias a Dios por los creyentes tesalonicenses en 2 Tesalonicenses 2:13: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad”.

2 Tesalonicenses 2:13. Los medios que Dios utiliza para llevar a las personas a la salvación incluyen la santificación del Espíritu, su separación del pecado para la santidad, y también incluye la fe en el Evangelio. Por lo tanto, toda la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu, trabaja para hacer santo al pueblo de Dios.

Santificación y unión con Cristo. Cada aspecto de la aplicación de la salvación se lleva a cabo en unión con Cristo, incluida la santificación. Después de enumerar los frutos del Espíritu, Pablo habla con franqueza.

Cita en Gálatas 5:24. Ahora bien, los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Gálatas 5:24.

La co-crucifixión, la unión con Cristo en su muerte, es el remedio para una vida pecaminosa. Pablo amplía este tema en Romanos 6. Se horroriza cuando sus detractores afirman que su doctrina de la justificación gratuita genera libertinaje. Preguntan, y citan: ¿debemos continuar en el pecado para que la gracia se multiplique y abunde? Romanos 6:1. La respuesta de Pablo es: absolutamente no.

¿Cómo podemos los que hemos muerto al pecado vivir todavía en él? Romanos 6:2. Pablo explica que el bautismo significa la unión con Cristo en su muerte y resurrección, que alimentan una nueva vida de santidad. Los creyentes murieron con Cristo. Cito: “Porque sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado con él, para que el cuerpo gobernado por el pecado quede sin poder, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado”.

Romanos 6:6. La unión con Cristo en su muerte nos libera de la tiranía del pecado. Los creyentes fueron resucitados con Cristo. Citando el versículo 4, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros podemos andar en novedad de vida.

Romanos 6:4. La unión con Cristo en su poderosa resurrección capacita a los creyentes para vivir para Dios como nunca antes. Pablo aplica su enseñanza de que la unión con Cristo impulsa la santificación. Cita: Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.

Por tanto, no permitáis que el pecado reine en vuestro cuerpo mortal, ni obedezcáis a sus malos deseos (Romanos 6:11 y 12). La santificación es, pues, una doctrina subordinada a la unión con Cristo, como lo es todo otro aspecto de la salvación.

Cuando Dios Padre nos une a su Hijo por la operación del Espíritu Santo, obtenemos toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Efesios capítulo 1 y versículo 3. La santificación y nuestro papel. Dios Espíritu Santo Aunque las tres personas trinitarias desempeñan un papel, Dios Espíritu Santo es el motor principal de la santificación.

Él nos aparta del reino del pecado y nos lleva al reino de la santidad de Dios en la santificación inicial o definitiva. Él nos confirmará en la santificación final y completa cuando Cristo regrese. Él nos confirmará en la salvación.

También es un actor importante en la santificación progresiva, pero no es el único. Cuando Dios nos regenera, libera nuestra voluntad, que antes estaba atada al pecado, y nos permite amar, servir y obedecer a Dios.

Parte de esto es nuestra participación responsable en la santificación progresiva bajo la dirección y el poder del Espíritu. Cuando Jesús les dijo a sus discípulos que debían permanecer en él para producir fruto (Juan 15 :4), los trató como participantes de su crecimiento en santidad práctica. Después de subrayar la gracia soberana de Dios en la justificación, la santificación y la elección, Pablo escribe: Así que, hermanos (Romanos 12:1), os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios.

Esa es vuestra verdadera adoración, Romanos 12:1. Repetidamente, los escritores del Nuevo Testamento instan a sus lectores a crecer en santidad. Santiago 2:1, hermanos míos, no hagáis acepción de personas, aferrándoos a la fe en nuestro glorioso Señor Jesús. Santiago 2.1. Hebreos 3:12, Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad, que se aparte del Dios vivo.

Hebreos 3:12. 2 Pedro 3:10 y 11, puesto que los cielos y la tierra han de ser disueltos de esta manera, es claro qué clase de personas debéis ser en santa conducta y piedad. 2 Pedro 3:10 y 11. Querido amigo, 3 Juan 11, no imites lo que es malo, sino lo que es bueno.

Me atrevo a decir que es posible que nunca hayas oído ese versículo antes. No es uno de mis favoritos, pero está en las Escrituras: 3 Juan 11.

Como es el caso de 2 Juan, solo hay un capítulo de 3 Juan, por supuesto. El tiempo, Apocalipsis 22:10 y 11, el tiempo está cerca. Dejen que los injustos sigan en su injusticia.

Que los inmundos sigan siendo inmundos. Que los justos sigan practicando la justicia. Que los santos sigan siendo santos.

Apocalipsis 22:10 y 11. Tanto Dios como los cristianos están activos en la vida cristiana. Pablo da un mandato a los filipenses en Filipenses 2:12. Por tanto, mis queridos amigos, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor.

Filipenses 2:12. En la misma frase, Pablo da la razón de este mandato: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”, y luego el versículo 13, “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Filipenses 2:13. Los creyentes deben esforzarse por alcanzar la santidad en la vida cristiana, sabiendo que Dios obra en ellos para darles tanto el incentivo como el poder para vivir para él.

Recuerde Colosenses 1:29. Mi meta, dice Pablo, es presentar a cada persona madura en Cristo, trabajando, luchando con toda su energía que actúa tan poderosamente en mí. Ahí está. Es difícil encontrar una metáfora perfecta para esto.

Somos parte de la misma firma de abogados , y Dios es el abogado principal. No sé cómo hacerlo bien. Somos parte del equipo de fútbol, y Dios es el gerente, y el Espíritu Santo es el gerente. No sé cómo hacerlo. Pero estamos involucrados bajo Dios.

La salvación y la iglesia. La santificación es un asunto tanto individual como comunitario. Dios hace santo a cada uno de su pueblo. Él se preocupa por cada miembro de la iglesia de Tesalónica.

Cita en 1 Tesalonicenses 4:3-5. Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación, que os apartéis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa controlar su propio cuerpo en santidad y honor, no en pasiones lujuriosas, como los gentiles que no conocen a Dios. 1 Tesalonicenses 4:3-5. A cada uno de vosotros, él os señala. Sí, él se preocupa por la iglesia.

Esa es la entidad a la que se dirige, pero también se preocupa por cada individuo de la iglesia. Dos versículos más adelante, Pablo se dirige a la iglesia en forma corporativa.

1 Tesalonicenses 4:7. Porque Dios no nos ha llamado a la impureza, sino a vivir en santidad. Dios quiere que su pueblo sea santo como personas individuales y como su iglesia corporativamente. El escritor de Hebreos exhorta a sus lectores individuales.

Hebreos 12:14-15. Procuren la paz con todos y la santidad, porque sin ella nadie verá al Señor. No dejen de alcanzar la gracia de Dios.

Hebreos 12:14-15. Poco después, el autor les recuerda a los hebreos que deben mostrarse mutuamente cuidados entre los hermanos creyentes, los individuos y las corporaciones. Hebreos 10:24-25. Creo que tengo una mala referencia. Lo siento.

No, no tengo una mala referencia, pero mi prosa es, por lo tanto, incorrecta. Mis palabras son incorrectas. No poco después.

Poco antes, dos capítulos antes, el autor recuerda a las personas que deben mostrarse mutuamente cuidados entre sí. Hebreos 10.24-25. La referencia es correcta. Y cuidémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.

No dejéis de congregaros, sino exhortaos unos a otros; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca. 10.24-25. Perdón por esa pausa. Anteriormente en la carta, el

escritor a los Hebreos sigue el mismo patrón de dirigirse a individuos y a toda la iglesia en un solo pasaje.

Este es el capítulo cuatro. Él advierte dos veces a las personas individuales. 4:1. Por tanto, puesto que permanece la promesa de entrar en el reposo de Dios, su descanso espiritual por la fe en Cristo, tengamos cuidado de que ninguno de ustedes quede excluido de entrar en el reposo de Dios por la fe en Cristo.

Hebreos 4:1. Versículo 11. Esforcémonos, pues, por entrar en ese reposo, para que nadie caiga en semejante ejemplo de desobediencia. Hebreos 4:11. Luego señala a la iglesia en su conjunto la misericordia y el poder de Dios que permite a los creyentes prestar atención a las advertencias y vivir para él.

Hebreos 4:16. Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. La salvación y el tiempo. Aunque es común que la santificación y la salvación se reduzcan a su aspecto progresivo presente, la santificación también pertenece al pasado y al futuro.

Esto sí tiene que ver con el presente. La Biblia enseña la santificación progresiva. Por eso, cuando David Peterson, un erudito maravilloso, escribe un libro sobre la santidad para la serie de DA Carson, *New Studies in Biblical Theology*, y enseña correctamente que existe una santificación inicial o definitiva, tiene razón.

Cuando minimiza la santificación progresiva en el mismo libro bueno, se equivoca. La santificación, como veremos ahora, es inicial, progresiva y final. Pertenece al presente, al pasado y al futuro.

La santificación ya pasó. En la santificación inicial o definitiva, el Espíritu Santo nos traslada de una vez por todas de la esfera del pecado a la esfera de la santidad. Y nos convertimos en santos de Dios.

Nos convertimos en santos de Dios. La santificación está presente a medida que el Espíritu construye la santidad práctica en los santos de Dios en la santificación progresiva. La santificación también es el futuro.

Sólo en la segunda venida de Cristo Dios confirmará a sus santos en la perfecta santidad, es decir, la santificación final. Sorprendentemente, Pablo llama a los corintios que luchan, cito, santificados en Cristo Jesús, llamados santos (1 Corintios 1:2). El apóstol distingue entre creyentes verdaderos y falsos.

Él instruye a la iglesia de Corinto a no aceptar como creyentes, cito, a nadie que diga ser hermano o hermana y sea inmoral sexualmente o avaro, idólatra o verbalmente abusivo, borracho o estafador. Uf, no estoy seguro de que la iglesia evangélica siga eso al pie de la letra. 1 Corintios 5:11.

Pablo señala a un miembro de la iglesia que se acuesta con la esposa de su padre (versículo 1). Sin embargo, Pablo considera a la mayoría de los corintios como verdaderos cristianos que necesitan crecer. Después de enumerar los estilos de vida de las personas perdidas, escribe: “Y algunos de ustedes solían ser así”, esto está en 6:11, “pero fueron lavados, fueron santificados, fueron justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios”, 1 Corintios 6:11. Los verbos lavados, santificados y justificados están todos en tiempo pasado.

La santificación inicial es cosa del pasado, como lo es también la justificación. La santificación de Dios a su pueblo, por supuesto, también es cosa del pasado. El pasado también es cosa del presente.

Dios quiere que sus santos busquen diariamente su voluntad y busquen la piedad, incluso en su sexualidad, 1 Tesalonicenses 4:3-7. El Espíritu Santo obra la santidad en los santos, capacitándolos para que se despojen, como uno se quita la ropa vieja o sucia, de las prácticas impías y se vistan de ropas nuevas y piadosas, Efesios 4:20-32. Esta es la santificación progresiva sin la palabra, y es un tema bíblico importante, tratado por Jesús en Mateo 7, Pablo en Gálatas 5 y 6, Pedro en 1 Pedro 1 y 2, Juan en 1 Juan 1 y 2, y el autor de Hebreos en los capítulos 3 y 4, por nombrar solo cinco ejemplos.

Mateo 7, Gálatas 5 y 6, 1 Pedro 1 y 2, 1 Juan 1 y 2, capítulos 1 y 2, Hebreos capítulos 3 y 4. La santificación también es futura. Debería haber dicho que la llamamos santificación inicial o definitiva, porque define quiénes somos. Somos los santos de Dios.

Ahora bien, seguimos la expresión bíblica más común para los cristianos, y nos llamamos unos a otros hermanos y hermanas, al menos en las iglesias en las que he estado involucrado. Pero en realidad, deberíamos llamarnos unos a otros San Van y Santa María y Santa Marta y San Harry, así, y San Jack, quiero decir, todos estos nombres deberíamos usarlos, porque lo somos. Tal vez el uso que le da Roma nos pone nerviosos, pero es verdad, hermano es la forma más común de dirigirse a los cristianos, hablando de los cristianos en el Nuevo Testamento.

Pero la santificación, el espíritu que nos aparta del pecado para llevarnos a la santidad de una vez por todas, constituyéndonos como santos de Dios, define quiénes somos. Entre otras cosas, somos los santos del Dios viviente. La santificación es pasada, y es presente y continua.

Afortunadamente, también es futura y completa. El Espíritu de Dios nos aparta para la santidad en la santificación definitiva o completa. Nos hace crecer en la santidad aplicada, día a día, en la santificación progresiva.

Sin embargo, la obra del espíritu no termina hasta que seamos, cito, conformados a la imagen del Hijo de Dios (Romanos 8:29), en la santificación final, completa y futura. Dios, el mismo mensaje de Juan (1 Juan 3:2), sabemos que cuando Cristo aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es (1 Juan 3:2). Cuando Cristo regrese, él, cito, se presentará a sí mismo una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada parecido, sino santa y sin mancha (Efesios 5:27). De hecho, 1 Tesalonicenses 5:23, “el mismo Dios de paz os santificará por completo, de modo que todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, se mantenga irreprochable, sano e irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”.

1 Tesalonicenses 5:23. Y por si teníamos alguna duda sobre esto, Pablo añade, fiel es el que os llamó, él también lo hará, versículo 24. Ver la santificación como definitiva, inicial, progresiva y final tiene ventajas. Glorifica a Dios, quien realiza la obra de la santificación, quien realiza la obra de la salvación, en este caso, la santificación, de principio a fin.

Ya somos santos, crecemos en santidad y un día Dios nos hará completamente santos. ¿Puedes imaginarte no tener nunca más un pensamiento pecaminoso, no tener nunca más una palabra pecaminosa saliendo de tus labios o no cometer nunca más un acto pecaminoso? Lamento decirte que personalmente no puedo imaginarlo, pero eso no importa. Mi imaginación no es mi canon; la Palabra de Dios lo es.

Él es fiel y lo hará. Como se dijo antes, la soberanía de Dios en la salvación no minimiza nuestra responsabilidad de vivir para Dios, sino que la sustenta. Como dijo Pablo, “Procuró presentar a todo hombre perfecto en Cristo Jesús”, y cito: “Esforzándome por su poder, el cual actúa poderosamente en mí” (Colosenses 1:29). Además, tener en cuenta los tres tiempos de la santificación, pasado, presente y futuro, puede brindar esperanza a los cristianos que luchan por sobrevivir.

Cuando nos sentimos tentados a rendirnos, los creyentes podemos mirar atrás, como yo lo llamo, y ver cómo se convirtieron en santos por la gracia de Dios. Gemimos, Romanos 8:23, porque tenemos al Espíritu Santo, quien nos hizo santos en primer lugar y obra dentro de nosotros. Cuando nos sentimos abrumados por el desánimo, no sólo podemos mirar atrás a nuestra santidad original, sino también mirar hacia adelante, a nuestra santificación final y completa.

Aunque las circunstancias actuales pueden hacernos dudar, podemos estar seguros de que Dios nos santificará por completo como lo prometió. 1 Tesalonicenses 5:24, Filipenses 1:6. Por lo tanto, no creo en mi propio desánimo en última instancia, no lo oculto, no pretendo ser algo que no soy, pero la palabra de Dios triunfa sobre mis propios sentimientos, actitudes y fracasos. Hay tensiones involucradas con la santificación.

No tengo tiempo para analizarlas todas, pero sí una sola. La santificación implica victoria y luchas. En la salvación, la gracia choca con el pecado y, como resultado, la vida cristiana no solo contiene victorias y libertad, sino también batallas y esclavitud.

Pablo clama en frustración por su incapacidad de vencer el pecado, Romanos 7:24. ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Romanos 7:24. El mismo Pablo, después de preguntar, y cita, ¿quién nos podrá separar del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada, Romanos 8:35?, responde dos versículos más adelante con exuberancia, no, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó, Romanos 8:37. La victoria y la derrota, la lucha y la libertad van de la mano. No podemos resolver perfectamente este enigma, pero notamos dos puntos importantes. Primero, Dios sabe cómo humillar a su pueblo, y lo hace en la santificación progresiva.

Nuestros fracasos desinflan nuestro orgullo y exceso de confianza. Esos fracasos nos llevan a la gracia de Dios. Somos salvos por gracia mediante la fe, y vivimos la vida cristiana de la misma manera, por gracia mediante la fe.

Somos salvos por, como acabamos de decir, Pablo escribe sobre la salvación inicial en Efesios 2:8 y 9, porque sois salvos por gracia por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe, Efesios 2:8 y 9. Después de que Pablo experimentó muchos altibajos viviendo para Cristo, Dios le asegura, 2 Corintios 12:9, Bástate mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Las tensiones son realidades diarias para todos los cristianos.

Nos inclinamos ante la soberanía de Dios y luchamos para evitar culparla de nuestros pecados. Nos esforzamos por cumplir con nuestra responsabilidad, pero luego olvidamos fácilmente nuestra dependencia del Señor. Tendemos a enfatizar demasiado el rechazo de lo negativo o a olvidarlo en nuestro celo por lo positivo.

Olvidamos que aún no somos lo que seremos y nos desanimamos por nuestra falta de progreso en la vida cristiana. A veces imaginamos que ya lo hemos logrado, pero un amigo confiable nos revienta la burbuja. Nos concentramos en los mandatos imperativos de Dios, en sus exhortaciones a vivir para Él, en el descuido de los indicativos, en la enumeración de lo que Dios ya ha hecho por nosotros en Cristo y nos desviamos hacia el legalismo.

Nos centramos en el indicativo y dejamos de lado el imperativo, y nuestra teología parece demasiado teórica. Nos enorgullecemos demasiado de las victorias y nos humillamos demasiado de las luchas y los fracasos repetidos. Estas tensiones ponen de relieve el famoso dicho de Lutero, que ya deberíais saber de memoria: un cristiano es una persona que es al mismo tiempo justa y pecadora.

En Cristo somos justificados por un Dios santo y aceptados por Él como Sus hijos o hijas. En nosotros mismos vemos demasiado de la carne en la autojustificación, los celos, el orgullo, la inconsistencia, la falta de fe, los deseos pecaminosos, la maledicencia y la pereza. Desafortunadamente, no hay un remedio sencillo ni una salida fácil.

Debemos afrontar las tensiones de frente, admitir nuestra debilidad y confiar una y otra vez en la gracia habilitadora de Dios, en Su fuerza y en Su espíritu. Necesitamos a la iglesia y a nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Necesitamos tiempo personal en Su palabra y en oración todos los días.

Necesitamos servir a Dios y a los demás. Nos damos cuenta de que, en un sentido, lo hemos logrado, porque Dios nos ha perdonado en Cristo y nos ha dado vida eterna. ¡Aleluya! Pero, en otro sentido, cuanto más caminamos con Dios, más nos damos cuenta de nuestra absoluta dependencia de Él para obtener la sabiduría, la perseverancia y el poder para vivir para Él con todo nuestro corazón.

Gracias a Dios que nos ha dado gracia para el viaje. Nuestro próximo tema es la preservación, y necesito tomar algunas notas. La preservación es la obra de Dios de mantener a Su pueblo a salvo.

Comúnmente se le llama seguridad eterna, y eso está bien, aunque a mí me suene a dinero en el banco. Me gusta la preservación porque es una idea más dinámica. Dios nos mantiene salvos trabajando en nosotros constantemente.

Me gustaría explorar, de hecho, cuatro doctrinas en su interrelación: la preservación, la perseverancia, la seguridad y la apostasía. Conviene dar breves definiciones.

La preservación es la manera en que Dios mantiene a su pueblo salvo hasta el fin. La perseverancia es que el pueblo de Dios siga adelante, hasta el fin. La seguridad es la confianza en la salvación final, y la apostasía es la defensa de una fe que una vez se profesó.

Preservación: Dios nos guarda. Perseverancia: seguimos creyendo en el evangelio, viviendo para el Señor y amando a los demás. Seguridad, confianza ahora en la salvación final algún día.

Apostasía, abandono de una fe que se profesaba previamente. Preservación: Quiero presentar argumentos teológicos a favor de la preservación, la verdad de que Dios guarda hasta el fin a las personas que ha salvado. Quiero examinar los papeles de la Trinidad, los papeles del Padre, el Hijo y el Espíritu, los atributos o cualidades de Dios y la obra de Cristo.

Todas estas son razones por las que debemos creer que Dios nos mantiene salvos. Los papeles de la Trinidad. Las Escrituras enseñan que cada una de las personas trinitarias es activa en la preservación del pueblo de Dios para la salvación final.

El Padre desempeña un papel importante en la preservación. Lo vemos en el evangelio de Juan. Jesús, en el discurso del pan de vida, enseña que toda persona que el Padre ha elegido creará en Jesús y Él la mantendrá salva.

Jesús explica entonces la voluntad del Padre (Juan 6, 38-40): Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Esta es la voluntad del que me envió: que no pierda a ninguno de los que me dio, sino que los resucite en el último día.

Porque ésta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero, Juan 6, 38 al 40. He escrito sobre estos temas en un volumen titulado Nuestra Salvación Segura, Preservación y Apostasía, 2009. Hablando como el buen pastor que ama a sus ovejas y muere por ellas, Jesús explica que la vida eterna es su regalo para ellas.

Él dice que no experimentarán la ira de Dios, porque están seguros en la mano de Jesús, Juan 10:28 y 29. Luego agrega en Juan 10, 29, “mi Padre que me las ha dado es mayor que todos. Nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”, cita final.

El Padre es mayor que el Hijo encarnado, y los creyentes están seguros en la mano poderosa del Padre, que obra para preservarlos. Por cierto, la expresión les doy vida eterna y nunca perecerán es la forma más fuerte de presentar una negación en el idioma griego del primer siglo. Según el erudito griego Daniel Wallace, *Greek Grammar Beyond the Basics*, página 464, la forma más fuerte de negar algo en griego.

Jesús dice: Yo les doy a mis ovejas vida eterna, y afirma categóricamente que nunca perecerán. Pablo también dice que la vida eterna presenta al Padre como el que mantiene a los santos salvos. Pablo comienza Romanos 8 con un texto como este: Por lo tanto, no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, Romanos 8.1. El Padre, junto con el Hijo, es el juez en el último día, pero no condenará a los que están unidos al Hijo.

Por el contrario, el Padre los justificará ante los hombres y los ángeles en el juicio final. Los juicios sobre los creyentes a causa de los abusos cometidos en la Última Cena suelen ser malinterpretados. Pablo dice que quienes participan indignamente de la Cena son culpables y que, por lo tanto, los participantes deben examinarse a sí mismos.

1 Corintios 11:27-28. El que participa sin reconocer el cuerpo, come y bebe su propia condenación. Pablo nos dice lo que implica esta condenación. Por eso hay muchos enfermos y enfermos entre vosotros, y algunos duermen.

Se trata de juicios temporales de debilidad, enfermedad o muerte prematura. Si el pueblo de Dios se juzgara debidamente, Dios le ahorraría esos juicios. Pero incluso si fracasa, experimenta juicios temporales en lugar de juicios eternos.

Pero cuando somos juzgados por el Señor, somos disciplinados para que no seamos condenados por el mundo. Irónicamente, entonces, los abusos de los corintios en la mesa del Señor llevaron a Pablo a escribir un pasaje de preservación, enseñando que el Padre les ahorra a sus hijos el castigo eterno incluso cuando los castiga con castigos temporales, incluso cuando ese castigo temporal es la pérdida de la vida ahora. El Padre nos preserva.

El Hijo también desempeña un papel destacado en la preservación del pueblo de Dios, como vimos en Juan 6. Allí, Jesús se compromete a no rechazar nunca a ninguno de los hijos del Padre y se los entrega a Él. Tres veces, Jesús dice que los resucitará en el último día. Junto con el Padre, el Hijo preserva activamente a las ovejas.

Jesús da a su pueblo el don de la vida eterna, afirma categóricamente que nunca perecerán y dice que nadie puede arrebatárselos de sus brazos fuertes y de los del Padre. De hecho, cuando Jesús dice: Yo y el Padre somos uno (versículo 30), se refiere a la unidad en la preservación de las ovejas para la salvación final, una obra divina. Jesús afirma tres veces su preservación del pueblo de Dios en su oración sacerdotal en Juan 17.

Primero, Jesús, al regresar al Padre Celestial, le pidió que protegiera y unificara personalmente a aquellos que el Padre le había dado de este mundo, Juan 17, 9 y 11. Mientras estuve con ellos, los guardé en tu nombre que me diste. Los guardé, y ninguno de ellos se perdió, excepto el Hijo de la Destrucción, para que se cumpliera la Escritura, Juan 17:12 .

Jesús preservó todo lo que el Padre le había dado, y esto excluye a Judas, que no era un verdadero creyente. En segundo lugar, poco después, Jesús ora al Padre, Juan 17:15. No estoy orando para que los quites del mundo, sino para que los guardes del maligno, Juan 17:15.

Jesús, quien mantuvo al pueblo de Dios salvo en la tierra, los encomienda al cuidado del Padre cuando Jesús regrese a Él. En tercer lugar, en el versículo 24 de Juan 17, Jesús le pidió al Padre que llevara a los elegidos al cielo para que pudieran estar con Jesús y ver Su gloria. Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo

estoy, para que vean mi gloria, la cual me has dado porque me has amado desde antes de la fundación del mundo, Juan 17:24.

Aunque la escatología de Juan se realiza principalmente, se cumple principalmente ahora, su evangelio contiene elementos futuristas, como se ve en Juan 5:28, 29 y 14:2 y 3. Y aquí hay uno: Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy. Carson tiene razón.

Esta es una referencia inequívoca al versículo 5, donde Jesús ora para ser renovado a la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo comenzara. La gloria que verán sus seguidores es su gloria como Dios, la gloria que disfrutaba antes de su misión, debido al amor del Padre por él. Presumiblemente, aquellos que comparten con el Hijo el deleite de ser amados por el Padre, versículo 23, también comparten la gloria a la que el Hijo es restaurado como consecuencia de su muerte triunfante y exaltación.

El Espíritu Santo también desempeña un papel importante en la preservación. Lo que estamos mostrando es que la Trinidad nos preserva: el Padre, el Hijo y ahora el Espíritu. Pablo habla tres veces del sello que Dios da a los creyentes en Efesios 1:13, en Efesios 4:30 y en 2 Corintios 1:22. En el último pasaje, Pablo indica, al distinguir a Dios de Cristo y del Espíritu, que el Padre es quien realiza el sello.

Él es el sellador. En el primer pasaje, Efesios 1:13, el Padre, indicado por la voz pasiva divina, sella a los creyentes en Él, es decir, en Cristo. Dios nos sella en unión con Cristo, lo que indica la permanencia de la unión con Cristo.

En los tres textos se menciona al Espíritu Santo. Veámoslos en Efesios 1:13 y 14. En Cristo también fuisteis sellados con el Espíritu Santo prometido cuando oísteis la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y creísteis.

El Espíritu Santo es el anticipo de nuestra herencia hasta la redención de la posesión para alabanza de su gloria, Efesios 1:13 y 14. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios. Fuisteis sellados por Él para el día de la redención, Efesios 4:30. El único lugar donde la Biblia usa esa letra larga, el Espíritu Santo de Dios.

2 Corintios 1:21-22, ahora es Dios, es decir, el Padre, quien nos fortalece juntamente con vosotros en Cristo Jesús, y quien nos ungió, y nos selló con su sello, y nos dio como anticipo el Espíritu en nuestros corazones, 2 Corintios 1:21-22. En los tres pasajes, el sello es el Espíritu Santo. El segundo texto se traduce mejor: fuisteis sellados con Él, no por Él.

Porque fuimos sellados por el Padre, no por el Espíritu. El Padre nos sella con el Espíritu, que es el sello de Dios sobre los creyentes. En esta función, el Espíritu funciona de dos maneras.

Él nos marca como hijos de Dios, hijos de Dios, y más importante aún, nos preserva para la salvación en el último día. Pablo es explícito, Efesios 4:30. El Padre nos selló para el día de la redención. El primer y el último texto mencionados anteriormente llaman al Espíritu el anticipo de nuestra herencia.

Esta es otra referencia al papel del Espíritu en mantenernos salvos. Estas designaciones para el Espíritu reflejan la teología de Pablo de que ya no existe. El Espíritu, como sello de Dios, nos marca como pueblo de Dios y señala el día de la redención, cuando disfrutaremos de la salvación en su plenitud.

Dios ya ha dado a los creyentes un anticipo, el cual, como explica Stephen Baugh en su comentario sobre Efesios, se consumará en el futuro. Esta herencia se centra en la resurrección de su pueblo en la nueva creación. En nuestra próxima conferencia, continuaremos con la enseñanza sobre la preservación de Dios de su pueblo, la doctrina de la preservación. Esta vez, veremos los atributos de Dios.

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre la Salvación. Esta es la sesión 17, Santificación, Parte 3, Formulaciones sistemáticas, preservación y perseverancia.